Mr. de Montbar y el Vizconde estuvieron mirando cómo colocaban al herido.

—¿Es peligrosa la herida?—preguntó el Marqués.

—Bastante, caballero—respondió el facultativo;—pero—añadió mirándole,—veo que también tiene usted el hombro lleno de sangre.

—Esto no es nada—repuso Mr. de Montbar:—una ligera rozadura. ¡Ojalá que no ofreciese más peligro la herida de Mr. de Valence!

Dichas estas palabras se encaminó á su coche, con el semblante triste, seguido del Vizconde.

—Amigo mío—le dijo,—puede usted acompañar á su padre y á su hermano: mi estado no ofrece el peligro más leve.

—Sin embargo, no debo abandonar á usted—dijo el Vizconde.—¿Por qué no permite usted que registren la herida?

—No, no: es inútil, y no merece la pena,—repuso el Marqués.

El cochero azotó á los caballos, que tomaron un medio galope.

XVI

Al día siguiente, todo París tenía noticia del duelo ocurrido entre el Marqués de Montbar y Mr. de Valence, y de todas las circunstancias que le habían precedido, así como del motivo de él.

¿Quién lo había dicho? Con claridad, nadie; pero dado el hecho, se fueron recogiendo indicios y detalles: se supo que se habían hallado en España los Marqueses de Montbar á Mr. de Valence; que habían venido juntos, y que el duelo había tenido lugar: no fué menester otra cosa para que la reputación de la Marquesa quedase lastimosamente comprometida.

Cuando el Marqués llegó á su casa, su mujer corrió á su encuentro con ansia; pero tranquilizada ya respecto de su herida, no se atrevió á preguntarle nada acerca de la de Edmundo: era ésta una crueldad de la que no era capaz Cristina, cuyo corazón era tan noble, aunque estuviera extraviado por una loca pasión.

Tampoco Mr. de Montbar pronunció el nombre de su enemigo; se hizo curar la leve herida que tenía en el hombro, y luego fué al cuarto de su

mujer, y le dijo con voz tranquila y tomándole afectuosamente la mano:

—Cristina, creo que aún renacerá la dicha para nosotros, y que aún podremos ser el uno para el otro lo que hemos sido durante cerca de cinco años. Entre tanto, seamos dos amigos; yo procuraré complacerte en todo, á fin de que tu corazón olvide lo que jamás debió acoger.

La Marquesa bajó la cabeza sin pronunciar una palabra. Su corazón se destrozaba al pensar en que quizá Edmundo había muerto. No sabía á quién preguntar ni de qué modo adquirir alguna noticia. Hasta entonces había esperado la llegada de la Princesa y de su hija; pero éstas no habían parecido.

—Mañana—prosiguió el Marqués,—hay baile en la Embajada inglesa. Es forzoso que vayamos los dos. Yo entraré en el salón dándote el brazo: ese es el medio mejor de hacer callar á los maldicientes.

—¡Pero estás herido!—murmuró Cristina.—¡Ah! no merezco yo tanta generosidad.

—Mi herida es una cosa insignificante. Mañana por la noche estará casi cicatrizada. Este duelo se sabrá al momento, y á todo trance es preciso evitar que las malas lenguas...

—No tengo que hacer más que obedecerte—repuso la joven con abatimiento.—Manda: soy tu esclava.

—No quiero yo que seas tal cosa—repuso el

magnánimo esposo.—Sé mi amiga, mi hermana. Cuando la herida que sangra en nuestros corazones se haya cicatrizado, quizá podré darte de nuevo más dulce nombre. Unicamente siento que yo camino hacia la vejez y que tú empiezas á vivir. No obstante, espera días más felices.

Un criado llamó á la puerta, y avisó á la Marquesa que su padre la esperaba en el salón.

Cristina se puso lívida de espanto, y miró á su marido con angustia.

—No te dejaré expuesta al primer ímpetu de la cólera de tu padre—dijo el Marqués.—¡Ven! ¡Yo te acompañaré!

Y tomándola de la mano, la condujo al salón.

El Duque de Montenegro se paseaba con aire sombrío y con la cabeza inclinada sobre el pecho; sus grandes cejas negras estaban convulsivamente fruncidas. Al ruido de los pasos de su hija y de su yerno, que se acercaban, se estremeció.

Abrióse la puerta y apareció el Marqués, que tenía de la mano á Cristina.

—¡Padre!—murmuró ésta con voz temblorosa.

—No me dé usted ya jamás ese nombre, señora—barbotó el Duque.—A eso he venido, á prohibírselo. Mi hija era honrada y fiel á la fe conyugal; usted no lo es, y el alma de su madre debe estar profundamente triste en el cielo.

Cristina no se arrojó á los pies de su padre, como lo hubiera hecho otra mujer: el reproche la irritaba; la benevolencia la volvía humilde.

Retiróse dos pasos, y permaneció pálida y silenciosa.

—Yo la he perdonado y no quiero privarme de su compañía—dijo el Marqués con acento solemne.—Señor, no sea usted más cruel que yo, que soy el único que tenía derecho á castigar.

—¿Y mi nombre escarnecido? ¿Y mis canas manchadas con un borrón indeleble?—exclamó el Duque exasperado.

—Sólo el marido es responsable de las faltas de una mujer casada.

—¿Y usted acepta esa responsabilidad?

—Sí, señor.

—¿Y saldrá usted con esa mujer á la calle?

—Mañana iré con ella á la Embajada inglesa.

El Duque dió un paso hacia atrás. No pudo al pronto comprender aquella inmensa generosidad; pero luego la radiosa luz de tan caritativo proceder penetró las tinieblas de su enojo, y se arrojó en los brazos de su yerno.

—¡Oh, hijo mío!—exclamó.—¡Mejor que esa infeliz extraviada mereces tú toda mi ternura! ¡Gracias, gracias por tu generosidad! ¡Ojalá que ella sea el mayor castigo para la conciencia de mi hija, y que le diga hasta qué punto es grande el corazón que ha ofendido!

Hubo algunos instantes de silencio. El Duque hacía esfuerzos para dominar la emoción que sentía: Cristina lloraba. El Marqués se hallaba triste y cabizbajo.

—Procura merecer mi perdón, que aún no te doy, y el que tan generosamente te ha dado tu marido—dijo el Duque á su hija.—Piensa en su grandeza de alma, y que tu vida, de la que le hiciste dueño en tu extravío, se ocupe en recompensarle su admirable abnegación.

Estrechó por última vez la mano de su yerno, y salió sin mirar á su hija.

—Cristina—dijo el Marqués cuando quedaron solos,—retírate á descansar: bien lo necesitas, ¡pobre mártir! ¿Por qué hablan de castigo, ni qué castigo más rudo que el que estás sufriendo desde hace tantas horas? Ve y reposa, desgraciada criatura.

—¡Gracias!—exclamó la Marquesa.—Necesito efectivamente estar sola. ¡Mi cabeza arde! ¡Mi corazón pesa de una manera terrible!... ¡me ahogo! ¡Hasta luego, Jorge, hasta luego!

Lanzóse Cristina fuera de la estancia, y corrió á encerrarse en su cuarto.

Ya allí, su primer pensamiento claro fué para Edmundo. ¿Había muerto? No, porque en este caso su padre no hubiera dejado de acusarla por ello. ¿Estaba herido de peligro? Esto era lo más probable, casi lo seguro.

Llamó á su nodriza y le tomó las manos con ternura.

—Ve á su casa—le dijo,—si no quieres que pierda la razón: ya sabes que vive con su padre... infórmate de cómo está, de si es de peligro su

herida, de todo. Ve, mi buena Agueda, y pruébame así que tu cariño es una verdad.

La complaciente mujer salió aturdida. La Marquesa, impaciente, creía que eran las horas minutos... Temblaba de ansiedad y de fiebre.

Agueda tardó más de una hora en volver. Le dijo que había hablado con el ayuda de cámara de Mr. de Valence, y que le había asegurado que la herida era muy peligrosa, si no mortal; que su amo deliraba desde el instante en que le habían acostado, y que no cesaba de pronunciar el nombre de Cristina.

La Marquesa se torció los brazos con desesperación y prorrumpió en secos sollozos.

—Y qué, señora—exclamó Agueda,—¿querrá usted todavía á ese hombre, que la ha comprometido á los ojos de todos, y que podía haberla dejado á usted sin esposo? ¡Pues yo no me acordaría de él sin horror!

—¡Ojalá—repuso Cristina,—que yo pudiera hacer lo mismo! ¡Ojalá que mi cabeza mandase á mi corazón! Pero ¡ay, Agueda! Mi corazón es todo suyo, y siento que así será hasta que muera.

—¡Bah, bah! ¡tonterías de niña! ¿Y qué sacará usted de ese amor? ¡Malos ratos y muchas penas! Además, el señor Marqués podrá perdonar la primera falta; pero si llega á saber que sigue pensando en él, ¿qué dirá?

—¿Qué sé yo? ¿Puedo yo vencer mi pensamiento, Agueda? Y además, dado el primer paso,

¿crees que mi esposo verá ya en mí á la esposa pura y sin mancha á quien respetaba tanto como quería? ¡Ay! El amor quedará tal vez; pero el respeto me faltará. Siempre estará dudando de mi virtud, aunque ésta sea tal que me cònvierta en mártir. ¡Le agradezco su perdón; pero no me basta para ser dichosa!

—¿Sería usted acaso más feliz viviendo al lado del señor de Valence?

—¿Y quién lo duda?—exclamó la Marquesa con entusiasmo.—Por él me he perdido, y tengo derecho á todo su respeto, á toda su consideración; en tanto que aquí, al lado de mi marido, que es el ofendido, sólo puedo sufrir reproches y excitar la compasión.

—Señora—dijo Agueda,—es siempre mucho mejor el marido que el amante. Yo soy una pobre mujer que nada sabe del mundo; pero he observado eso, y siendo joven, tuve ocasión de apreciarlo en un pueblo de Castilla. Dos infelices mujeres dejaron al marido por el amante, y luego el amante les hacía pasar la pena negra. Pero esto no tiene nada que ver con usted. Estoy segura de que no dejará su casa dando un escándalo terrible y á su marido un dolor mortal.

La llegada de la Princesa, á la que anunció un criado, cortó la palabra de la nodriza, que se retiró á una señal de la Marquesa.

El rostro de Fedora, siempre altivo, estaba grave y profundamente triste; sentóse al lado de

Cristina, sin tomarle la mano, y la miró con una compasión tan fría y casi tan acusadora, que la Marquesa sintió que su corazón se llenaba de ira y de dolor.

—No hubiera esperado lo que sucede—dijo la Princesa,—de tí, que has crecido á mi lado; de tí, á quien he educado con tanto cariño y amor; pero no vengo á reconvenirte, hija mía, sino á consolarte, y á decirte que el hombre por el que has perdido el derecho de levantar la frente, no lo merece.

La Marquesa guardó un triste silencio; la Princesa prosiguió:

—Como tú, otras muchas se han perdido por él, y, sin embargo, camina de placer en placer, y no ha satisfecho la sagrada deuda del honor ni aun con jóvenes que le han dedicado su primer amor y cuya virtud ha agostado para siempre.

—¡Oh, basta, basta, señora!—exclamó la Marquesa.—¡Ah! ¡qué empeño en desgarrarme el corazón, como si su herida no fuera ya demasiado sangrienta!

—Yo pensé—repuso la Princesa con mayor frialdad en la voz,—que escucharías mis palabras con gratitud.

—¡Con gratitud, señora! ¿Y cómo es eso posible? ¿Qué bien les debo? Y además, sólo mi marido tiene derecho á juzgarme y reconvenirme; en los demás no le reconozco. Si usted no quiere, no vuelva á verme; si Diana no ha venido creyendo, como pienso, que el entrar en mi casa perjudicaría á su reputación, que no venga; pero si ella ó usted vienen, que no sea para mortificarme con reconvenciones.

—Ni ella vendrá, ni yo volveré—dijo la Princesa levantándose.—Te compadezco y no quiero molestarte más.

Fedora salió, dichas estas palabras, y Cristina la siguió con una mirada, en la que había impresa una sombría desesperación.

Cuando hubo desaparecido, exclamó:

—¿Por qué dudar? ¡Todos me acriminan, todos me compadecen! Todos se creen con derecho para reconvenirme, para hablarme con una piedad insultante... ¡Sí... lo que yo he pensado es lo mejor!